

Rincón del libro

LUIS ALVARENGA

Leer la historia de la independencia mexicana desde otras miradas

Raquel Huerta-Nava. *Mujeres insurgentes*. Lumen, México, 2008. 48 pp. ISBN: 978-970-81-0317-6.

La historia de las luchas independentistas de Latinoamérica se ha contado, casi siempre, desde la perspectiva dominante. La narrativa dominante de las luchas independentistas en Latinoamérica sitúa a un grupo de hombres pertenecientes a la élite criolla como actores del proceso.

A estas alturas, está más que en entredicho esa perspectiva, puesto que está construida a partir de la negación de los relatos contados desde los grupos o identidades subalternas. La narrativa dominante de las luchas por la independencia de España oculta, o, al menos, baja de perfil, el papel jugado por las mujeres, los indígenas, mestizos o negros. Ninguna de estas personas o grupos sociales entra en el catálogo



de “próceres” de la independencia. Desde su misma definición, “prócer” ya es una palabra excluyente. Según el Diccionario de la Real Academia Española, el vocablo en cuestión significa, como adjetivo, “elevado, alto” y como sustantivo, “persona de la primera distinción o constituida en alta dignidad”. Hay una tercera acepción, no menos llamativa: “Cada uno de los indivi-

duos que, por derecho propio o por nombramiento del Rey, formaban, bajo el régimen del Estatuto Real, el estamento al que daban nombre". Y los estamentos, en este contexto colonial, eran "cada uno de los dos cuerpos colegisladores establecidos por el Estatuto Real, que eran el de los próceres y el de los procuradores del reino."

En todo caso, la palabra "prócer" tiene una connotación elitista. Por un equívoco interesado, ha pasado a emplearse como sinónimo de "luchador por la independencia de España". Rigurosamente, ni una mujer, ni un indígena o negro pueden ser considerados "próceres", por mucho que hayan luchado contra la corona española, pues, en el régimen colonial, el carácter de "elevado" o la posesión de una "primera distinción", e, incluso, el encabezar un estamento, eran elementos reservados a la élite criolla masculina y terrateniente.

El libro que reseñamos ofrece una visión distinta de los protagonistas de la independencia de México. Su autora, la poeta Raquel Huerta-Nava, une el rigor de la investigación histórica con la calidad literaria. Un mérito de su trabajo es que cuestiona la mala reputación que tiene actualmente la época colonial en términos intelectuales. Es llamativa esta reflexión de la autora: "Cuando al fin se consigue la independencia nace, el mismo día, una leyenda negra acerca de los años coloniales que mucho daño ha he-

cho para la comprensión de los y las insurgentes (Los insurgentes son los luchadores por la independencia, N. del A.). Esta tradición rechaza toda cultura previa a la Independencia, la Colonia es calificada de época oscurantista y niega de esta forma a nuestra brillante ilustración mexicana. Nuestras universidades y cortes se hallaban tan adelantadas en cuanto a conocimientos y desarrollo como las mejores de Europa, y fue precisamente por eso que el movimiento insurgente cobró importancia y los primeros grupos se organizaron en las capitales más cultas del reino, destacando Querétaro, Valladolid (hoy Morelia), Guanajuato, Guadalajara y la Ciudad de México" (Cfr. *Mujeres insurgentes*, p. 5).

En el libro *Mujeres insurgentes*, reivindica el aporte oculto de diferentes mujeres en las distintas etapas de las luchas por la independencia de su país. El caso de Josefa Ortiz de Domínguez es un ejemplo interesante. Ortiz era una mujer perteneciente a la élite criolla e impulsó una tertulia donde se discutían temas intelectuales.

Las tertulias fueron espacios animados por mujeres intelectuales y suplían las limitaciones del medio. "Desde el principio, las damas que organizaban las tertulias fueron las primeras en impulsar las conspiraciones: de hecho, esto se dio como un paso natural a las reuniones de carácter cultural donde se escuchaba poesía, música y disertaciones de toda clase de parte de artistas

que pasaban por nuestro país; organizaban concursos de versificación, composición musical, pintura y escultura, y se narraban historias. Los acontecimientos políticos siempre se comentaban, y de pronto, estas pláticas fueron tomando un cariz cada vez más secreto dada la siempre presente y temida Inquisición. Los nacidos en suelo mexicano preferían reunirse entre sí para sentirse en completa libertad y expresar sin temor su verdadera forma de pensar. Hablar mal, por ejemplo, de un alto funcionario del virreinato o comentar los actos ilícitos de algún funcionario eclesiástico podía considerarse herejía y llevar a una denuncia ante la Inquisición o a sanciones de tipo económico o social" (p. 7).

Según Octavio Paz, en *Las trampas de la fe*, Sor Juana Inés de la Cruz también animó una tertulia de intelectuales. Así esta no era una práctica extraordinaria entre las mujeres intelectuales del Virreinato de la Nueva España. Sólo que en el caso de una insurgente como Ortiz, estas tertulias tomaron un carácter conspirativo. A partir de 1810, Josefa Ortiz animó la tertulia que se reunía en casa del poeta José María Mier y Altamirano. Bajo la apariencia de reuniones literarias, las reuniones sirvieron para constituir el movimiento anticolonial. Uno de los asistentes a estas reuniones era el insurgente Miguel Hidalgo.

La conspiración "reventó" en el Grito de Dolores, una proclama de la independencia realizada en

1810 en la ciudad que lleva dicho nombre. El "grito" fue brutalmente reprimido. Ortiz, una de sus protagonistas más activas, fue capturada. Recuperó su libertad siete años más tarde. Un gesto la retrata fielmente: "Al establecerse el Imperio mexicano, (el autoproclamado emperador) Iturbide y su esposa, Ana María Huarte, establecieron su breve corte. La emperatriz otorgó a Josefa el título de primera dama de honor; que la corregidora rechazó indignada y enérgica. Ella no estaba dispuesta a formar parte de una corte ridícula de quienes habían sido enemigos de la insurgencia. Su respuesta fue: 'Dígale usted a la señora que quien es soberana en su hogar no puede ser dama de ninguna emperatriz'" (p. 26).

Gertrudis Bocanegra y Luisa Martínez, la primera, hija de padre español y de madre purépecha, actuaron como correos para los insurgentes, razón por la cual fueron sometidas a torturas antes de ser fusiladas por las autoridades coloniales. Ana María García, por su parte, "sin tener credenciales profesionales de abogada, logró salvar la vida de su esposo condenado a muerte mediante la conmutación de su sentencia al exilio en una primera instancia y su libertad completa al final con un audaz escape por el mar Caribe".

El aporte de las mujeres insurgentes fue también intelectual. La Güera Rodríguez, nombre con que se conocía a María Ignacia Rodrí-

guez de Velasco, era una artista de la provocación intelectual. Llegó a retar a la Inquisición, ante la cual fue llamada a comparecer por sus opiniones favorables a la insurgencia: "Ante los tres jueces, ella fue la que inició las preguntas. Cómo se atrevían, uno de ellos había sido su vano pretendiente, otro su confidente del que conocía todas sus 'movidas' y del tercero también sabía todos sus deslices. Avergonzándolos ante ellos mismos, y dando todo lujo de detalles y pruebas de lo que afirmaba, les dijo que no podrían juzgarla. Algo les habrá dicho de carácter más grave que les terminó de atar las manos. Acabó

diciendo que todos esos secretos podrían llegar a ser del dominio público, pero lo que no dijo es que ya se había encargado de que el rumor corriera por las calles de México. Se levantó y se marchó en la sala de audiencias con elegante reverencia a manera de despedida. Los inquisidores quedaron boquiabiertos, lívidos, trémulos, furiosos... y atados de manos" (pp. 40-41).

Así, este breve pero bien documentado y ameno trabajo de Raquel Huerta-Nava nos ofrece una perspectiva alternativa de la independencia mexicana. Es un ejemplo que deberíamos seguir en El Salvador.